



MARTO PARIENTE  
**La cordura  
del idiota**

OFF  
VERSATIL

# LA CORDURA DEL IDIOTA

MARTO PARIENTE

Título: *La cordura del idiota*

© Marto Pariente, 2019

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, de *la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: junio 2019

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2019: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

[www.ed-versatil.com](http://www.ed-versatil.com)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

En mi mundo nunca cae la noche.  
Fascinante orbitar entre tres estrellas hermanas.  
Para Eva, Elisabet y Cristina.  
Mis tres radiantes soles.

«No fue por una trágica amargura  
esta alma errante desgajada y rota;  
purga un pecado ajeno: la cordura,  
la terrible cordura del idiota».

*Un loco*, Antonio Machado

«Cuando el diablo bajó a este mundo,  
se sentó a observar,  
no sin cierta admiración,  
como su lugar ya lo había ocupado otro».

Sady Pineda.

«La verdad de un hombre reside,  
sobre todo, en lo que calla».

André Malraux

# PRÓLOGO

## COUNTRY PULP

La novela negra siempre se ha considerado un género urbano.

Toda ciudad que se precie tiene al menos un cronista de sus bajos fondos. Desde Los Ángeles de Chandler y Ellroy, pasando, o mejor paseando, por la Barcelona de Montalbán y Ledesma, la Atenas de Markaris, el Boston de Lehane... podríamos dar la vuelta al mundo en 80 guías *noir*, siguiendo el rastro de sangre de los grandes maestros del crimen literario.

Pero a pesar de oler a muerto, el género negro está pasmosamente vivo. Por eso, en los últimos años se ha popularizado un movimiento que rompe con esta tradición urbana: el *contry noir*.

En román paladino, la novela negra rural.

El *country noir* fue acuñado a finales del siglo XX por el norteamericano Daniel Woodrell, pero ¿realmente es algo tan novedoso como parece?

Porque si echamos la vista atrás, los clásicos están repletos de cadáveres silvestres.

No olvidemos que la Cosecha roja con que, para muchos, Hammett inauguró el género transcurría en la pequeña localidad de Poisonville.

Por no hablar de que Nick Corey, el insuperable psicopaleto ideado por Jim Thompson era el corrupto sheriff de un pueblo de solo 1280 almas.

Y este año se conmemora el centenario del nacimiento de Francisco García Pavón, el creador de Plinio, la primera serie de género de la literatura y la televisión netamente española, que no transcurría en Madrid ni Barcelona, sino en un olvidado lugar de la Mancha llamado Tomelloso.

Aunque dejando a un lado la controversia sobre su carácter revolucionario, lo que está fuera de toda duda es que los estantes de novedades rebosan *country noir*. Entonces, ¿qué tiene de especial La cordura del idiota?

Que no bebe únicamente de esta fuente campestre. También se emborracha del irreverente estilo tarantiniano castizo de Carlos Augusto Casas, para servirnos un nuevo y explosivo cóctel literario, el *country pulp*.

Ascuas es un tranquilo pueblucho de lo más profundo de la Alcarria profunda, donde nunca, jamás, pasa nada.

Hasta que pasa.

Hasta que el Triste aparece ahorcado.

Entonces todo y todos apuntan a que haciendo honor a su apodo, el loco del pueblo se ha suicidado.

Todos, salvo su amigo Toni Trinidad, el jefe de Policía de Ascuas.

Aunque Trinidad no tiene mucha madera de madero, que digamos. Un tipo grandote y sin sangre, que pierde el conocimiento con solo ver una gota.

Y por si el bueno de Toni no tuviera bastante con resolver el primer homicidio de su carrera, tendrá que sacar a Vega del lío en que se ha metido. Porque su alcoholizada hermana Vega ha decidido dejar de ser una perdedora y dar un palo al Colmenero. Y claro, el mayor usurero de Guadalajara no se quedará de brazos cruzados. Atraerá al pueblo un enjambre de esperpénticos matones. Asesinos tan peculiares como unos leñadores vascos fanáticos de Mecano, con más experiencia talando troncos humanos que vegetales.

Pero la segunda obra de Marto Pariente es mucho más que un succulento plato de fiambres para *Reservoir dogs*. Es un verdadero festín de literatura que alterna con maestría la

narración en primera persona de Toni, con la de Vega en segunda y la historia del resto de personajes en tercera, haciendo las delicias de los paladares más exigentes del género.

Y no te tengo más en ascuas

Seguro que a estas alturas, prefieres que sea Marto quien lo haga.

Sergio Vera Valencia

Director de la colección Off Versátil.

# 1

Ascuas crecía entre cerros pelados y secarrales, camino de los pantanos. Apenas una rasgadura. Se conformaba con una docena de calles torcidas que salían de la plaza del pueblo como las venillas rotas de los alcohólicos. La llaga, el derrame, estaba ceñido por un puñado de carreteras secundarias que lo constreñían como varices en la pierna de una anciana.

A veces me daba por pensar que si el pueblo fuese..., no sé, una persona, alguien como yo, sería un tipo perdido en mitad de ninguna parte con la mano haciendo visera bajo un sol de justicia o bajo la lluvia, según la época del año. En cualquier caso, un fulano desorientado con los zapatos sucios y sin saber muy bien hacia dónde tirar; en fin, ya saben a lo que me refiero, quizá no esté hablando del pueblo.

Da igual.

La cuestión es que me levanté por la mañana, me calcé el uniforme de policía y me dirigí a casa de mi viejo amigo el Triste a tomar café. En un momento dado, tras apurar de un trago el caldo de su taza, sacó un pescado del bolsillo y comenzó a susurrarle.

No me sorprendió, digamos que el Triste era el loco oficial del pueblo, hay uno en cada localidad, a veces más. Dejé de intentar comprenderlo hace ya mucho tiempo. Lo conocía desde que yo era un crío. Debía tener más de setenta años, pero yo siempre lo recordaba igual: descarnado, la piel cuarteada por el sol y el eterno medio cigarrillo apagado y pendiendo de los labios.

No fumaba, pero en una ocasión me dijo que a falta de dientes, el filtro impedía que se le cayese la baba.

¿El pescado?

Pche, parecía un percasol, aunque no sabría decirlo a ciencia cierta, no sé mucho de peces. En realidad, no sé mucho acerca de casi nada. Ahora, una cosa estaba clara, fuese lo que fuese lo que le estaba contando, parecía ser de suma importancia para mi amigo.

—¿Eres consciente de que le estás hablando a un pescado? —le pregunté al rato.

—Claro —me dijo—. Se me olvidó devolverlo al agua. Pero pienso echarlo al pantano y donde va, puede llevar el recado.

Si se supone que eso debía tener algún sentido, yo no se lo encontré. Y tampoco tenía tiempo para buscárselo, en un rato tenía que danzar hacia Madrid, tenía consulta con el doctor Barrios.

—Voy a preparar unas tostadas —dijo después de guardarse el pescado de nuevo en el bolsillo—. ¿Quieres?

—No. Tengo que irme.

—¿Se puede saber adónde vas tan temprano? —me preguntó.

—A ver a un loquero —le dije.

Y a la que tiraba de la puerta, dejé al viejo con un ataque de toses y flemas en la cocina.

Se reía de mí a base de bien y no se lo reproché. Eso no lo voy a hacer. He visto la locura en sus ojos. Muchas veces. Pero también me he mirado en el espejo y en fin..., creo que sería hipócrita por mi parte si lo hiciera. El Triste era oficialmente el loco del pueblo, y luego..., bueno, luego estábamos todos los demás.

## 2

Madrid. Consulta del Doctor Barrios, psiquiatra. Media mañana. La salita de espera bien iluminada. Modernas e incómodas sillas de plástico. En la nariz, mezcla de limón, perfume caro de mujer y caramelos de menta.

Esperaba mi turno.

Llevaba cerca de tres meses yendo religiosamente a terapia todos los jueves. Y en esas estaba, pensando en mis cosas —básicamente tratando de averiguar cómo conservar mi empleo— y viendo las mismas caras famosas.

Por supuesto que las conocía, las caras, digo. Asistía con regularidad un futbolista ya retirado que intentaba cubrir el tufillo a alpiste chupando caramelos de menta que engullía a ritmo de uno cada cuarto de hora. Tenía problemas con el alcohol y el juego. Cada jueves acudía con nuevos lamparones en el viejo y arrugado traje de siempre. Charlamos en una ocasión. Me llamaba «madero». No entró en detalles, pero me dio a entender que la vida le había clavado un gol por toda la escuadra.

Deduje que había sido portero.

Pero no hay que hacerme mucho caso, siempre he sido un poco flojo sacando conclusiones.

Y luego estaba el niño junto a su madre; bueno, lo de junto a su madre es un decir, pues no paraba quieto un solo segundo. De hecho, algunos jueves, podría jurar que había más de un chiquillo correteando por la consulta. Me preguntaba cada dos por tres por qué no llevaba pistola, cosas de niños, supongo. Se fijan en todo. El tema es que era hiperactivo. Lo sabía porque la mujer, una veterana de las

tertulias del corazón, de extensas caderas y encías caballunas, gritaba por el móvil haciendo partícipes a todos los demás, desde lo que una filipina le cocinaba ese día, hasta la exigua pensión que percibía, tarde mal y nunca, de su exmarido. El diagnóstico del crío no suponía una excepción.

Cuando el chaval desparramó por segunda vez el revisitero que había sobre una mesita de cristal y estrangulaba con frenesí una lámpara de pie, se abrió una puerta lacada en blanco y asomó una mujer acompañada del doctor Barrios; una joven actriz con la piel tensa sobre los huesos. Los ojos sin brillo como algo muerto flotando en el fondo de un pozo. Había hecho de farlopera en una serie juvenil de mucho éxito, y a pesar de su altura, calculé que debía pesar menos de cuarenta kilos.

Mi turno; bigotillo y sonrisa con palmadita en la espalda incluida, mientras Barrios me acompañaba por el pasillo rumbo a la consulta.

Éramos amigos.

Dentro de la consulta, en la penumbra, diván y conversación a media voz. Tras veinticinco minutos de charla, el doctor estaba sentado en el borde de la silla, libreta en mano, inclinado hacia delante y mirándome a los ojos.

¿Silencio incómodo?

No más que las modernas y carísimas sillas de plástico de la salita de espera.

### 3

Conocí a Barrios por casualidad y, la verdad, a pesar de que se trataba de un hombrecillo sofisticado de ciudad y yo soy un policía de pueblo grandote y con cara de perro pachón, congeniamos bastante bien desde el principio.

Atropelló un corzo en una de las carreteras secundarias al norte de Ascuas. Como averiguaría más tarde, aquella mañana el doctor sacó el deportivo del concesionario y pensó que una buena forma de probarlo sería darse una vuelta en dirección a los pantanos. De regreso a la civilización, se confundió en un cruce y, mientras trasteaba con el GPS del móvil, impactó con el animalejo, se salió del carril y se estrelló contra una vieja encina.

Me encontré con el desaguisado por casualidad. Intentaba encontrar un buen chaparro bajo el que estacionar el coche patrulla con la intención de despejar la cabeza tras el pleno municipal. Mi trabajo estaba en entredicho. Con la historia de la crisis y los recortes y no sé qué rollos del déficit, pusieron sobre la mesa la posibilidad de prescindir del cuerpo de Policía Local, es decir, mi cuerpo. Soy el único policía del pueblo. En fin, que rumiando aquello estaba cuando me topé con el fregado montado en la carretera. Frené a un centenar de metros dejando el coche patrulla en el arcén. Durante unos segundos, barajé la posibilidad de largarme por donde había venido y buscar un sitio más tranquilo donde darle vueltas al asunto. Nada, imposible, el tipo ya me había visto y hacía aspavientos en mi dirección. De manera que me dije: «Toni, échale una mano y compórtate como un policía».

Y eso hice. Saqué unos pequeños prismáticos que siempre llevo en la guantera y bajé a echar un vistazo.

Dicen que la diferencia entre un mal policía y un buen policía reside en la calidad de sus preguntas. Yo me pregunté qué desentonaba más, si aquel simpático hombrecillo a lo Danny De Vito que no paraba de hacer aspavientos en mi dirección y conducía un Mustang con ocho cilindros en uve —un deportivo rojo, cuyo capó, y gracias a la encima, también tenía ahora forma de uve— o todo el conjunto. Es decir, el hombre con su minúsculo bigote, sus zapatos brillantes y su cochazo en aquella carretera abandonada de la mano de Dios entre los trigales, campos en barbecho y los polvorientos caminos de tierra.

A ver, de hombrecillos que conducen deportivos sabía de poco a nada, pero de lo mío y mi problemilla con la sangre, por la cuenta que me traía, sabía un rato. De manera que decidí cerciorarme. Rodeé el coche patrulla y saqué el megáfono del maletero.

La conversación, más o menos así:

—¡Hola!

—Hola.

Mi voz, a través del megáfono, sonó atronadora, como de hombretón que sabe lo que se hace, al menos a mí me lo pareció. La de Barrios, desvanecida y distante.

—¡Veo que ha tenido un accidente!

—Muy agudo por su parte, señor agente. Sí, he atropellado a Bambi —me dijo.

Me sacudí un moscardón que no paraba de incordiar-me, me rasqué la rabadilla con el megáfono que sonó como una cremallera y, tras pensar unos segundos, le dije:

—¡Vale, señor! ¿Está usted sangrando o cree que pueda estarlo?

Ante todo profesionalidad.

—No, estoy bien.

—¿Está usted seguro?

—Bastante seguro —dijo palpándose, como si buscara la cartera.

—¿Y el animal?

—¿El animal?

—Sí. ¿Cómo se encuentra el animal?

Barrios se quedó un instante parado y debió de preguntarse si yo era imbécil. Me ocurre a menudo, de manera que no se lo tuve en cuenta. Al final debió de decidir que la situación era demasiado surrealista como para ser una jodida broma y anadó en dirección al corzo que había quedado postrado sobre los cuartos traseros una veintena de metros atrás, entre los rastrojos.

Al rato volvió.

—Está herido, pero sigue vivo. Creo que se ha roto las patas —dijo.

—¡Vale! ¿Se veía mucha sangre?

—¿Cómo dice?

—¡Digo... Si se veía mucha sangre!

—No, no se veía mucha sangre.

—¡Vale! ¡Espere un momento!

Guardé el megáfono y di aviso por teléfono a la Guardia Civil para que mandasen efectivos del SEPRONA a ocuparse del animal. A los de Tráfico no les dije nada. Cuando me acerqué, Barrios me confesó que estaba probando el coche y lo había sacado del concesionario sin seguro. Le dije que no se preocupase. Lo mismo pensó que yo era un buen tipo o alguna tontería por el estilo, pero la verdad es que no tenía ninguna gana de que llegasen los de Atestados con sus máquinas de mediciones y sus cámaras fotográficas y sus palabrejas técnicas que no había un dios que las entendiese.

De manera que llamé a mi hermana para que se acercase con la grúa. Una hora más tarde, Vega, que por algún extraño motivo aquella mañana se encontraba lo suficientemente sobria para conducir, se llevó el Mustang y yo me ofrecí a acercar a Barrios hasta la puerta de su casa en el